

1853. Desde entonces se convirtieron en una de las posesiones más preciosas del pueblo y, durante la revolución mexicana, cuando se le preguntaba por qué combatía, Emiliano Zapata tomaba en ocasiones los documentos y decía simplemente: "Ésta es la razón". Muchos de estos documentos se encuentran reproducidos en uno de los apéndices del libro.

La obra contiene dos introducciones. La primera es la presentación que hace el presidente de México, Carlos Salinas de Gortari. En ella, el presidente compara la importancia de esos documentos con la recuperación de algunas de las joyas más importantes de la arqueología precolombina por la nación mexicana. Al referirse a la historia de los documentos del pueblo, el presidente afirma que "nunca volverán a perderse".

La segunda introducción es del historiador John Womack, el autor de *Zapata and the Mexican Revolution* [Zapata y la Revolución Mexicana]. Lo que impresiona particularmente a Womack de esos documentos es lo mucho que los habitantes de Anenecuilco sabían de la historia y la gran concepción que tenían no sólo del futuro de su propio pueblo sino del desarrollo de la nación mexicana.

Después de leer ese volumen, uno queda más convencido que nunca de que los campesinos de México, lejos de ser primitivos, ignorantes, bárbaros rústicos, capaces sólo de destrucción, tenían una concepción a menudo mucho más coherente que la de las élites, no sólo del tipo de pueblo que querían preservar, sino del México que deseaban para sus hijos. Esta obra es una contribución importante no sólo a la historia de Anenecuilco o de Morelos sino a la de todo el país.

Friedrich KATZ
University of Chicago

Traducción de Mario A. Zamudio

CARLOS MARTÍNEZ ASSAD: *Los rebeldes vencidos: Cedillo contra el estado cardenista*. México: Fondo de Cultura Económica-Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, 251 pp. ISBN 968-16-3540-X.

Hasta hace veinte años, la historiografía del México del siglo XX había tendido a centrarse en la política de quienes detentaban el poder en la ciudad de México. Con tal enfoque se corre el riesgo de presentar un punto de vista muy simplificado de la complejidad

de la historia mexicana contemporánea, mientras lo que se necesita para entender las presiones a que está sometido el gobierno central, cuando tiene que tomar decisiones, es un conocimiento de lo que acontece en las diversas regiones de la República.

Los trabajos de John Womack y de Luis González y González, entre otros, revelaron el potencial de los estudios regionales como fuente para la historia de la Revolución. Desde entonces, su ejemplo ha sido seguido por otros, entre ellos, uno de los más capaces es Carlos Martínez Assad. Después de haber escrito una veraz relación sobre el régimen de Garrido Canabal en Tabasco, ahora nos ofrece un estudio perspicaz y bien documentado de un caudillo aún más poderoso de San Luis Potosí: Saturnino Cedillo.

Cedillo nació en el seno de una familia ranchera cerca de Ciudad del Maíz. Primero ingresó con sus hermanos a las filas de la Revolución en 1912, como protesta por el fracaso del gobierno de Madero para contener el poder de los hacendados locales. Después de ocho años de una guerra de guerrillas en la que fueron muertos sus hermanos, se unió al movimiento de Agua Prieta en 1920. El gobierno de Álvaro Obregón lo autorizó para que estableciera a sus seguidores cerca de Ciudad del Maíz en una decena de colonias agrarias militares que subsecuentemente constituyeron la base de su poder. A lo largo del decenio de 1920 prestó servicios invaluables al gobierno central, pues movilizó a sus agraristas para combatir las revueltas armadas que surgieron en esa época. A cambio, se le permitió ejercer una influencia decisiva en San Luis a través de la nominación de los sucesivos gobernadores del estado y del mantenimiento de sus fuerzas como reserva del ejército. Durante el decenio de 1930, Cedillo fue una figura importante de la política nacional: desempeñó un papel crítico en la ayuda que recibió Lázaro Cárdenas para obtener la presidencia y apoyó a éste en su lucha de poder contra Calles.

Con todo, la posición de Cedillo era menos segura de lo que parecía. El régimen patriarcal que mantenía en San Luis parecía cada vez más anacrónico a medida que se centralizaba el poder político del país y los miembros de la maquinaria política desplazaban a los caudillos militares regionales como intermediarios clave entre el centro y las provincias. En este contexto, Cedillo fue incapaz de adaptarse al cambio de circunstancias. Cárdenas no veía, en el México que estaba forjando, lugar para el régimen de Cedillo y buscó alejarlo pacíficamente del poder. Los oponentes de Cedillo, en particular los pertenecientes a la CTM, intuyeron la victoria y aumentaron sus presiones sobre él. Después de meses de tensión,

Cárdenas visitó San Luis e hizo un llamamiento a Cedillo para que demostrara su lealtad, pero antes que someterse, Cedillo optó por la revuelta. Aislado y abandonado, salvo por sus agraristas, su movimiento fracasó antes de comenzar y el propio Cedillo fue capturado y muerto en enero de 1939.

La carrera de Cedillo ya era familiar a los estudiosos de la revolución mexicana a través de varios estudios recientes muy buenos, en especial los de Romana Falcón y Victoria Lerner, así como a través de mi propia obra. Consecuentemente, para Martínez Assad no iba a ser fácil cubrir territorio nuevo, ni encontrar una perspectiva original sobre el tema. Pero tuvo éxito en ambos aspectos al adoptar un enfoque más analítico que cronológico —adecuado para alguien versado en sociología—, mediante el hábil uso de entrevistas y la explotación del material de archivo pertinente, en particular, el que tuvo a su disposición en el Archivo General de la Nación después de la reorganización de éste a mediados del decenio de 1980. También contó con la singular ventaja de haber hecho prolongadas visitas a las colonias agrarias militares de Cedillo durante la década de 1970, lo que le permitió entrevistar a varios de los principales sobrevivientes del régimen de Cedillo y obtener abundantes detalles acerca de cómo funcionaban esas colonias.

El ascenso y la caída de Cedillo podían proporcionar material para la puesta en escena de una tragedia clásica del México rural, y creo que eso puede apreciarse con más facilidad en un tratamiento cronológico del tema; sin embargo, el enfoque de Martínez Assad tiene otras ventajas, y le permite reunir e ilustrar ciertos elementos clave de la historia. Disfruté, en particular, su capítulo sobre la campaña anticedillista (pp. 96-117), que ilustra cómo el mal pertrechado Cedillo habría de salir adelante frente a las maniobras de sus oponentes políticos del centro, como Lombardo Toledano y Graciano Sánchez, aunque yo habría esperado recibir más información al respecto con base en la entrevista que Martínez Assad sostuvo con Valentín Campa. Igualmente buena es la manera en que se abordan los contactos extranjeros de Cedillo (pp. 132-136), pues revela lo limitados e improductivos que fueron y lo absurdo de ver en Cedillo al representante de una conspiración fascista internacional.

Las observaciones sobre cómo a un intelectual urbano como Vasconcelos puede parecerle difícil entender el punto de vista del campesino son también muy pertinentes. A diferencia de Vasconcelos, Martínez Assad está en su elemento cuando trata ese tema; no oculta su simpatía por los seguidores de Cedillo —sentimiento que comparte el autor de esta reseña— y es alentador verlos trata-

dos con una simpatía y una comprensión que vienen del contacto de primera mano del autor con ellos. Su enfoque estructural también le permite incluir, palabra por palabra, un relato que hace del periodo el esposo de la sobrina de Cedillo (pp. 170-193), que proporciona una culminación original y fascinante de la obra.

Puede parecer capcioso hacer cualquier crítica a un libro que es espléndido; sin embargo, me habría gustado que tratara más ampliamente las relaciones de Cedillo con la Iglesia y con los cristeros, algunos de los cuales, como Martínez Assad menciona, buscaron refugio más tarde en San Luis Potosí, a pesar de que Cedillo había sido uno de sus más serios oponentes. También habría sido meritorio abundar sobre el pensamiento de Cárdenas de 1935 a 1938. ¿En qué medida su apoyo a los oponentes de Cedillo fue más que tácito? ¿Cuán preocupado estaba por la creciente oposición a su política, mucho más generalizada en todos los estratos de la sociedad, como lo reveló la campaña para las elecciones presidenciales de 1940, que lo que reconocen las fuentes oficiales sobre el periodo? ¿Qué tan importante consideró el papel potencial de Cedillo en 1940? Y una nota más prosaica: un libro tan bueno merece un índice, más que una tabla de materias.

Cuando me inicié en la investigación sobre el régimen de Cedillo a principios del decenio de 1970, algunos colegas lo creían un tema de estudio más bien excéntrico. Y la investigación en esos días podía consistir en hojear a través de documentos esparcidos por el suelo en rincones oscuros de edificios gubernamentales locales. Es bueno ver hasta dónde ha evolucionado la situación desde entonces y poder disfrutar tantas obras interesantes sobre la historia reciente de San Luis Potosí, entre las cuales la de Martínez Assad es un ejemplo brillante.

Permítaseme concluir con una idea un tanto herética. Como lo ilustra Martínez Assad, la disputa entre Cedillo y el gobierno central ocultaba un conflicto ideológico entre los defensores de la pequeña propiedad y los del ejido colectivo como la solución a los problemas agrarios del país. ¿Será posible que, después de los largos decenios de oprobio como “reaccionarios”, “contrarrevolucionarios”, etc., la defensa que hicieron los cedillistas de la pequeña propiedad privada reciba pronto, cincuenta años más tarde, la bendición oficial?

Dudley ANKERSON

Traducción de Mario A. Zamudio